

# PROMESA DE SANGRE



*Promesa de sangre*

© Camucha Escobar, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 – (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com – www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: septiembre 2026

ISBN 978-950-02-1816-0

Impreso en Printing Books,  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en septiembre de 2026.

Tirada: 6000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Escobar, Camucha

Promesa de sangre / Camucha Escobar. – 1a ed. – Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.  
400 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1816-0

1. Inmigración. 2. Novelas Históricas. 3. Argentina. I. Título.  
CDD A863

*Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia.*

*El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).*

CAMUCHA ESCOBAR

# PROMESA DE SANGRE



**A** Editorial El Ateneo



*A quienes, sin saberlo, encarnan un gesto, una herida o una valentía de mis personajes: Rita, Mabby, Luciana, Marzia, Pía, Georgina, Pato, Quintillo, Elsa.*

*Gracias por existir en mi vida y, de algún modo, también en estas páginas. Gracias por ser parte de esta historia.*

*A mi familia paterna, los Raccano, los Idígoras y los Cantelmi, por estar en mi historia antes de que yo la escribiera y por esa herencia invisible que a veces pesa y a veces salva.*

*Te soñé (...)*

*Presentí*

*Cada día tu mirada,  
Tu llegada, me rendí  
Ante el brillo de tu alma.*

*Sí, soy aquel que desde siempre te esperaba.*

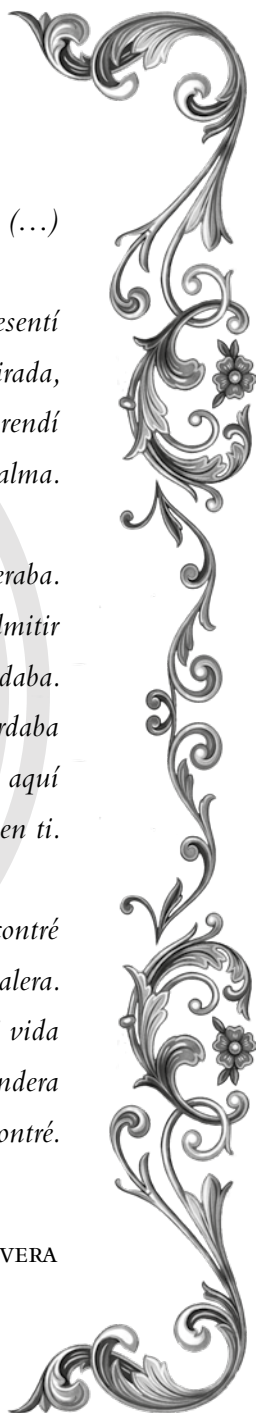
*Puedo admitir*

*Que aunque fuera una locura no dudaba.  
Sí, en mi corazón tu espacio yo guardaba  
Y ahora que estás aquí  
Veo el amor convertido en ti.*

*Te encontré*

*Al final de la escalera.  
En la guerra de mi vida  
Tú habías sido mi bandera  
Y te encontré.*

*“Te esperaba”, de CARLOS RIVERA*







## INTRODUCCIÓN

# Reino de oro y sangre

MESSINA, ITALIA,  
ENERO DE 1888

**E**l orfanato se alzaba sobre la colina como una mole de piedra cansada, mirando el mar Tirreno con una indiferencia aprendida a fuerza de desgracias. Desde allí arriba, el mundo parecía lejano, casi irreal. El viento salino golpeaba las paredes con insistencia y se colaba por las ventanas, dejando en el aire un olor persistente a humedad y abandono. Las celosías, oxidadas por la bruma salina, apenas dejaban entrar la luz, y los balcones, otrora repletos de flores, mostraban macetas agrietadas y pétalos marchitos, que colgaban como recuerdos de un pasado mejor.

Adentro, el aire olía a encierro y desinfectante. Los niños, con sus rostros sucios y las miradas hambrientas de afecto, se mecían en un

silencio resignado, mientras jugaban con muñecos sin brazos o ruedas que no giraban. Miradas demasiado grandes para rostros tan pequeños. Miradas que pedían algo que nadie sabía dar.

Ennio Cantelmi llegó una tarde gris, cuando el cielo parecía a punto de desplomarse otra vez. Traía el cuerpo cubierto de polvo y los ojos vacíos. El terremoto de Catania lo había dejado sin nada: ni casa ni familia ni certezas. Al cruzar el umbral, un escalofrío le recorrió la espalda. No era solo el frío del invierno, era la certeza de que su infancia había terminado bajo los escombros.

Mientras una monja lo guiaba por el pasillo angosto, sintió que cada paso lo alejaba más de quien había sido. Observó las paredes marcadas por el paso del tiempo y de las manos. Había allí una tristeza acumulada que se respiraba.

Fue entonces cuando lo vio. Un niño flaco, de cabello enmarañado y ropa gastada, se separó del grupo y se le acercó. Tenía los ojos grandes, atentos, y una sonrisa extraña: no era alegre, sino desafiante, como si sonreír fuese un acto de resistencia.

—¿Eres nuevo? —preguntó sin rodeos—. Yo soy Quintillo y estoy aquí desde que nací. —Había orgullo en su voz, pero también un dejo de melancolía.

Ennio asintió en silencio. La calidez de esa voz le despertó algo parecido al alivio.

—Ven —le dijo Quintillo, dándole la espalda—, te mostraré dónde dormirás...

Caminaron juntos por el pasillo oscuro. Las baldosas estaban frías y el eco de sus pasos se multiplicaba. Ennio pensó que, quizás, en ese lugar donde reinaba el olvido, había encontrado a alguien con quien compartir el miedo. Alguien que entendía sin preguntar.





1903

El mar seguía allí, inmutable. Las olas rompían contra la arena con un murmullo constante. Ennio permanecía de pie, mirando el horizonte, intentando ahogar la angustia que le apretaba el pecho.

Había recibido la noticia esa misma mañana: un tío materno lo llevaría a la Argentina. Era su única familia viva en Italia. El hombre había dado por muertos a todos tras el terremoto, hasta que el azar lo llevó a descubrir que Ennio había sobrevivido.

Irse. Volver a empezar. Dejarlo todo otra vez.

Sintió un nudo en la garganta. Pensó en Quintillo, en el altillo compartido, en las noches de frío, en las risas breves robadas al silencio del orfanato.

Un crujido detrás de él lo hizo girar.

—¿Qué hace un rubito como tú solo a estas horas?

La voz era pastosa, cargada de burla. Ennio se dio vuelta de golpe. El joven que tenía enfrente era alto, de rostro bello y cruel, con ropas demasiado buenas para ese lugar. Sonreía con prepotencia. En su mano, el cuchillo brilló bajo la luz de la luna.

—¡Déjeme en paz! —dijo Ennio, retrocediendo un paso.

El otro se rio fuerte, como si aquello fuera un juego.

—No sabes con quién te estás metiendo, basura.

No tuvo tiempo de reaccionar. El empujón lo arrojó a la arena húmeda. El frío le trepó la espalda cuando las olas avanzaron hasta rozarle los pies. Ennio temblaba. No gritó. El miedo lo había paralizado. Sintió el metal apoyarse en su mejilla.

—Bájate los pantalones, bonito. Hoy quiero divertirme.

Las lágrimas le nublaron la vista. Miró a su alrededor: no había nadie. No podía escapar. Obedeció, mientras su agresor también se bajaba los pantalones, impaciente. Ya estaba listo para penetrarlo.

Pero un golpe seco detuvo todo.

El agresor se desplomó hacia un costado, sin siquiera comprender lo que había sucedido. Detrás, apareció Quintillo, con una piedra en la mano, los ojos encendidos por una furia que Ennio nunca había visto.

Golpeó una vez. Luego, otra. Y otra más.

La cabeza dejó de ser un rostro. La sangre oscureció la arena.

—¡Lo mataste! —gritó Ennio, aterrorizado.

Quintillo respiraba agitado. El pecho le subía y le bajaba con violencia.

—¿Y qué pretendías? Si no moría él, moríamos nosotros. —Se quedó quieto un segundo. Después, añadió, con una calma que helaba—: ¿Sabes quién era? —Ennio negó, temblando—. El hijo de don Tolesano, el capo de Messina. Nadie lo frenaba. Violó a cuantos chicos quiso. Nadie se animaba a tocarlo.

El mar seguía su vaivén, como si nada hubiese ocurrido.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Ennio.

—Tirarlo al mar. Su padre creerá que fue alguna venganza. —Quintillo alzó la vista, implacable—. Siempre lo están amenazando.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Porque escucho, Ennio, siempre escucho y estoy atento.

Arrastraron el cuerpo juntos. El agua lo recibió sin resistencia, lo envolvió y lo hizo desaparecer. Las olas se cerraron sobre él, borrando cualquier rastro. La noche volvió a quedar en silencio, ajena al crimen.

Cuando regresaron al orfanato, se refugiaron en el altillo sin decir palabra. Se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. La luna iluminaba apenas sus rostros tensos. Quintillo jugueteaba con

una piedra. Había salvado a su amigo y eso le daba una calma extraña, pero, al mismo tiempo, la culpa lo carcomía.

—Tienes que ser fuerte, Ennio —dijo al fin Quintillo—. Olvida esta noche.

—No voy a poder —respondió él, con un hilo de voz.

—Sí podrás. Pronto te irás lejos. La distancia cura.

Se quedaron callados. Al cabo de un rato, Quintillo sacó una navaja de su zapato.

—Hagamos una promesa de sangre.

—¿Una promesa? —preguntó Ennio, asustado.

—Un juramento que nos ate para siempre. Si no volvemos a vernos..., que sean nuestros hijos quienes la cumplan.

—¿Estás seguro?

—Siempre.

Se hicieron un pequeño corte en la mano. La sangre se mezcló bajo la luz de la luna, sellando un pacto que ni la muerte podría romper.

Un pacto que no sabían cuánto dolor traería consigo.



## DÍAS DESPUÉS...

El despacho de la superiora olía a cera y a papel viejo. La ventana alta dejaba entrar una luz opaca que parecía no alcanzar nunca el suelo. Quintillo se quedó de pie un instante, incómodo, con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón.

—Quintillo, siéntate —dijo la monja, señalando la silla frente a su escritorio.

Él obedeció y se acomodó en el borde, tenso, preparado para un castigo que no llegaba.

La superiora lo observó unos segundos en silencio. Tenía el rostro cansado, surcado de arrugas profundas que no eran solo de edad, sino de historias ajenas cargadas sobre los hombros.

—Hay algo que debes saber, algo que tu madre quiso que conocieras cuando cumplieras los quince años.

Quintillo frunció el ceño, confundido. La palabra “madre” le golpeó el pecho.

—¿Mi madre...? —murmuró, como si las palabras le quemaran los labios.

La monja abrió un cajón y sacó un sobre amarillento. Lo sostuvo un momento antes de entregárselo, como si dudara.

—Esta carta es de ella. Léela con calma, hijo. Es importante.

Quintillo tomó el sobre con cuidado, lo abrió y sacó el papel. A medida que sus ojos avanzaban por las líneas, su respiración se volvió irregular.

Primero, fue la confusión. Luego, la incredulidad. Finalmente, una tristeza honda, que no encontraba palabras.

*Eres hijo de don Tolesano, el hombre más temido de Messina.*

*Te dejé aquí para que no crecieras como él.*

*Perdóname, hijo. Siempre te amaré.*

*Ermelinda Menini, tu madre*

Quintillo sostuvo la carta entre las manos como si quemara. Miró las palabras una y otra vez, esperando que cambiaran, que se desmintieran. Pero seguían allí, implacables.

El hijo de don Tolesano. Se le cerró la garganta. Le zumbaron en los oídos. Pensó en la playa, en la piedra, en la cabeza destrozada. Pensó en el nombre que ahora le pesaba como una condena.

La superiora se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Tu madre te amaba, Quintillo. Todo lo que hizo lo hizo por ti, para salvarte.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó él, sin levantar la vista.

—Murió de fiebres a los pocos días de traerte al mundo. Sabía que no sobreviviría. Me mandó a llamar una noche... y me dictó la carta. Me hizo prometer que no te diría nada antes de los quince años.

Quintillo cerró los ojos. El peso de la verdad lo aplastaba.

—¿Qué se supone que haga ahora? —preguntó en voz baja, casi para sí mismo—. ¿Convertirme en él?

—Esa decisión es tuya, hijo. La sangre no obliga. Pero nunca olvides esto: siempre tendrás un lugar aquí.

Quintillo asintió, aunque su mente ya estaba lejos. Una idea le retumbaba por dentro como un martillo: había matado al hijo de don Tolesano. Había matado a su medio hermano.



Esa noche en el altílo, el silencio era distinto. Más espeso.

—¿No te irás con él? —preguntó Ennio, con la voz cargada de envidia que no intentó disimular—. Podrías tener todo. Dinero, poder, respeto.

Quintillo lo miró largamente.

—Prefiero morirme antes que convertirme en lo que él es.

Ennio suspiró, derrotado. Pronto se marcharía a la Argentina con una mano adelante y otra atrás, mientras su amigo rechazaba un reino entero, un reino de oro y sangre.





## CAPÍTULO 1

# El precio de la sangre

**D**urante la unificación de Italia, Sicilia no escapó a la miseria ni al miedo. Las banderas cambiaron, los discursos se multiplicaron, pero el hambre siguió sentándose a la mesa de los sicilianos. La aristocracia conservó sus privilegios, como si nada hubiese ocurrido, y el pueblo —campesinos, pescadores, obreros— aprendió que la ley no siempre protegía a los desposeídos.

Fue en ese vacío donde la mafia echó raíces.

No nació como un monstruo, sino como una promesa. Protección a cambio de dinero. Justicia a cambio de obediencia. Pan a cambio de sangre. Se infiltró en los campos, en los puertos, en los talleres; se volvió costumbre, luego, necesidad y, finalmente, destino. Nadie la nombraba en voz alta. Nadie la desafiaba sin pagar el precio.

La ley del silencio era su pilar. *Omertà*. No escrita. No discutida. Aceptada.



## MESSINA, AÑOS MÁS TARDE...

El puerto amanecía cubierto por una bruma espesa. Los barcos entraban y salían cargados de mercancías legales e ilegales, indistinguibles unas de otras. En las tabernas cercanas, los hombres bebían en silencio; sabían cuándo hablar y, sobre todo, cuándo callar.

Don Tolesano gobernaba ese mundo sin necesidad de levantar la voz.

Era el capo de Messina, el dueño de un imperio tejido con hilos invisibles. Bajo su mano férrea convivían el contrabando, la extorsión y la prostitución, engranados con la precisión de un reloj suizo. Nada escapaba a su control: ni los muelles ni los caminos rurales ni las vidas que dependían de una decisión tomada en su despacho. Su sola presencia helaba la sangre. Vestía siempre de negro, con trajes de corte impecable, que no delataban ni una arruga. El sombrero de ala ancha proyectaba una sombra sobre unos ojos oscuros, atentos, incapaces de expresar misericordia. Tenía la mirada de los hombres que han visto morir sin parpadear.

Don Tolesano no conocía el amor. No sabía amar sin poseer. No sabía poseer sin destruir. Había aprendido, muy temprano, que el amor era traicionero, pero que la lealtad, aunque comprada, podía ser eterna. Por eso, solo respetaba una cosa: la fidelidad absoluta. A la familia, a la palabra dada, al miedo bien administrado.

Sin embargo, había una grieta en su imperio. Un secreto que lo devoraba en las noches largas, cuando el silencio se volvía insoportable: no tenía un verdadero sucesor.



Sus hijos varones habían muerto, uno tras otro. Accidentes, decían algunos. Ajustes de cuentas, susurraban otros. La verdad, como siempre, dormía bajo capas de sangre y mentiras. Solo le quedaba una niña. Y para un hombre como él, una hija no garantizaba continuidad. El poder sin heredero era un castillo de arena esperando la marea.

Aunque jamás permitió que ese dolor quebrara su semblante de acero, en la soledad de su despacho, cuando el mundo callaba, la angustia lo mordía con dientes afilados.

El linaje debía continuar. Costara lo que costase.



En una casa modesta de las afueras de Messina, lejos del puerto y de las miradas indiscretas, Quintillo Menini se sentó frente a la mesa de madera gastada. Afuera, el viento del invierno sacudía los postigos y traía consigo el rumor del mar.

Encendió la lámpara de aceite. Había esperado ese momento durante semanas. No por falta de decisión, sino porque sabía que una vez escrita la carta, ya no habría retorno. Las promesas de sangre no se deshacían: se heredaban.

Tomó la pluma con dedos torpes. No estaba acostumbrado a escribir cartas solemnes; su vida transcurría entre el taller, el hierro y el ruido áspero del trabajo manual. Pero esa noche debía elegir cada palabra con precisión. De ello dependía el destino de su hija. Pensó en Rita.

Dormía todavía en la habitación contigua, ajena al peso que el mundo ya había depositado sobre su existencia. Tenía apenas unas horas de vida, la piel tibia, el aliento leve. Quintillo había llorado al verla por primera vez, sin entender del todo por qué.

Apoyó la pluma y comenzó:

*Querido Ennio,*

*Hoy ha nacido mi hija. Se llama Rita.*

*Cuando la tomé en brazos, comprendí que la vida no concede treguas. No hay dicha que no venga acompañada de un precio ni amor que no exija un sacrificio.*

Hizo una pausa. El silencio de la casa se volvió denso. Escuchó el leve crujir del piso. Elsa se movía despacio para no despertar a la niña. Continuó:

*Desde que la vi supe que está destinada a cumplir nuestra promesa. No por ambición, sino por necesidad. Porque hay pactos que se sellan antes de que uno pueda comprenderlos.*

*Será esposa de tu primogénito. Así lo juramos. Así deberá cumplirse.*

El pulso le tembló. No ignoraba lo que estaba haciendo: entregando el futuro de su hija para asegurar su supervivencia. Se levantó, tomó una tijera y fue hacia la cuna. Cortó con cuidado un mechón de su pelo y lo envolvió en un trozo de tela blanca. Regresó a la mesa.

*Te envío un mechón de su cabello como símbolo de este pacto eterno. Es lo único puro que puedo ofrecerte.*

*Confío en que sabrás proteger lo que más amo.*

*Con esperanza,*

*Quintillo Menini*

Selló el sobre con cera y presionó el anillo contra ella. Esa noche no durmió.

Mientras el alba comenzaba a filtrarse por la ventana, Quintillo comprendió que acababa de poner en marcha una maquinaria que ya no podría detener. La sangre había hablado. Y cuando la sangre habla, nadie queda a salvo.



1930

La habitación estaba cerrada. Las cortinas gruesas impedían que la luz del amanecer profanara aquel espacio donde la muerte había decidido instalarse con calma. El aire olía a sudor, a medicamento rancio y a miedo. En la cama, Tiberio Menini respiraba con dificultad; cada bocanada parecía la última y, aun así, el cuerpo se aferraba a la vida con obstinación.

Don Tolesano permanecía de pie, a los pies del lecho. No se sentaba. Nunca lo hacía ante un moribundo. Sabía que, en ese umbral, cuando el alma comienza a despegarse, los hombres decían verdades que no se atrevían a pronunciar en vida. Y él necesitaba escuchar.

—Habla —ordenó sin dureza—. El tiempo se te acaba.

El hombre abrió los ojos. Estaban velados, pero aun lo reconocían. Trató de humedecerse los labios. No lo logró.

—Don... —susurró—, no puedo irme sin confesarlo. —Tolesano no respondió. Cruzó las manos detrás de la espalda y esperó—. Su hijo... mi hermana Ermelinda... tuvo un niño suyo...

El rostro de don Tolesano se transformó. Sintió que el suelo se abría a sus pies.

—¿De qué hablas? —preguntó, con una voz que contenía más miedo que furia.

—Hablo del que nunca supo.

—Sigue —ordenó. La lámpara de aceite proyectó una sombra trémula en su rostro.

El moribundo cerró los ojos un instante, como si necesitara reunir fuerzas para cruzar ese límite.

—Cuando supo que estaba encinta, Ermelinda huyó al campo. Tuvo un hijo suyo...

El mundo se detuvo.

Don Tolesano no gritó. No se movió. El golpe fue interno, seco, devastador. Sintió cómo la sangre le subía a la cabeza, cómo el pulso le martillaba las sienes.

—Mientes. Estás delirando.

—No. Tenía miedo... de usted. Dio a luz en secreto. Un varón. Lo llamó Quintillo. Ella murió poco después... por fiebres de parto. El niño sobrevivió. Fue entregado... a la superiora del orfanato.

Don Tolesano apoyó una mano en el respaldo de la silla más cercana. Un hijo. Carne de su carne. Sangre de su sangre. Un heredero.

—¿Dónde? —preguntó con voz extraña—. ¿Dónde está?

El moribundo intentó contestar, pero el cuerpo ya no le respondía. Un estertor le atravesó el pecho. Sus ojos se abrieron desmesurados y, con un último esfuerzo, murmuró:

—Messina... siempre estuvo aquí...

Don Tolesano permaneció inmóvil. Solo una respiración entrecortada, apenas perceptible. Dentro de él, algo antiguo despertaba: una mezcla de culpa, orgullo y posesión feroz.

Aquella noche no durmió. Al amanecer, dio la orden. Quintillo sería encontrado.



MESSINA,  
1932

El invierno se filtraba en el taller de cerrajería. El aire olía a hierro, a aceite rancio y a cansancio. Quintillo trabajaba desde antes del amanecer y, aun así, la noche siempre lo encontraba allí, inclinado sobre la mesa, limando cerraduras.

El chirrido de las limas le taladraba los oídos, pero era preferible a pensar. Habían pasado ya dos años desde aquel encuentro que había sellado su destino, pero el recuerdo seguía vivo...

Don Tolesano lo había mandado llamar una tarde sin sol. En su despacho no había ventanas abiertas; solo una luz opaca que parecía venir de ningún lado.

—¿Sabes, Quintillo? —le dijo con una calma que resultaba más amenazante que cualquier grito—, la familia siempre espera lealtad.

Quintillo recordaba con claridad cómo aquella palabra, *familia*, había resonado como una trampa.

—Sé que ya estás al tanto de que eres un hijo ilegítimo —continuó Tolesano, como si enumerara una verdad sin importancia—. Lo que ignoras, es que eres *mi* hijo, *mi* sangre y, como tal, quiero que te unas a la familia.

Quintillo tembló, pero su voz fue firme.

—No puedo vivir esa vida, don —arguyó, sin confesarle que desde los quince años sabía que él era su padre.

—¿Don? —replicó Tolesano, ladeando apenas la cabeza—. Soy tu padre, Quintillo, tu verdadero padre. Lástima que me enteré tarde.

—Lo siento. Pero no puedo involucrarme en sus... asuntos.

—No lo entiendo. ¿No quieres ser mi heredero? ¿El único? —preguntó incrédulo, debatiéndose entre el orgullo y una decepción que no estaba dispuesto a mostrar. Se levantó y comenzó a caminar alrededor del escritorio—. Quiero que vengas conmigo. Tú y tus hijos.

—No quiero verme implicado en sus cuestiones, don.

La mirada de Tolesano se endureció.

—Si no aceptas, tu familia pagará el precio. Te daré un ejemplo. Supongamos que alguien se niega a colaborar. ¿Qué sucede con la familia de esa persona?

—No quiero pensar en ello.

—¡Los Tolesano somos tu sangre! ¡Yo soy tu padre!

Quintillo tomó aire profundamente. El miedo tenía el sabor metálico en la sangre que uno tragaba en silencio.

—Don, sé que usted resume todo en lealtad, pero yo... no puedo vivir con la culpa de dañar a seres inocentes. Me niego a llevar esa clase de vida, a pesar de que usted sea mi padre. —La presión de ser el hijo del capo lo asfixiaba. Quería romper con aquella herencia de violencia y corrupción que su padre representaba. Sentía miedo, no solo por el entorno peligroso que lo rodeaba, sino también por la decepción que estaba causando en aquel hombre.

El amor paternal se transformó en frustración al escuchar su rechazo.

—Eres valiente, Quintillo, o, tal vez, solo ingenuo. La sangre que llevas en las venas es la mía. Sabes que perdí a mis dos hijos, uno, en un accidente y el otro..., no sé, quizás en un ajuste de cuentas. El tiempo revelará ese secreto y yo soy muy paciente. Si te niegas a ser parte de la familia, tendré que asegurarme de que entiendas las consecuencias.

—Don, por favor..., no haga nada contra los míos —le rogó desesperado.

—No soy un monstruo, Quintillo —replicó con un gesto severo—. Pero no puedo dejar que tu desobediencia quede sin respuesta. Piensa en eso... La decisión que tomes hoy podría definir el futuro de quienes amas. No olvides que tú eres mi hijo y tu hijo, mi nieto.

—Solo le pido clemencia. No quiero que su ira recaiga sobre ellos —le suplicó con la voz quebrada.

El don se inclinó hacia adelante. Su boca, más que cruel, parecía sin vida; delgada y de color morado. Tenía fama de ser terriblemente violento. No temía a la policía ni a la sociedad ni a Dios ni al infierno, no temía ni amaba a nadie a excepción de su “familia”.

—Reflexiona bien, “hijo”. A veces la familia no solo es cuestión de lazos de sangre. Desde ahora tus pasos serán vigilados. Es mejor que pienses cómo procederás.

—Lo haré —le prometió Quintillo, atemorizado.



Su sobrino y su cuñado fueron las primeras víctimas. A pesar de que todo indicaba que habían sufrido un accidente cuando el carro en el que viajaban se desbarrancó, Quintillo supo que había sido obra del don. A los pocos días del entierro, recibió un envoltorio con la camisa de su cuñado, manchada de sangre, y la gorra de su sobrino. El paquete llevaba el sello de los Tolesano: una serpiente que rodeaba a una rosa roja con gruesas espinas. Sudó frío y guardó para sí la angustia y el miedo, a pesar de las sospechas de Elsa, su esposa.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta del taller se abrió de golpe y dos figuras oscuras invadieron el lugar. Venían

armados con pistolas. Quintillo apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que uno de ellos lo empujara contra la mesa de trabajo.

—Tu tiempo se acabó, Menini —gruñó uno, mientras el otro lo sostenía con fuerza—. No entregaste el total y la protección no se paga con promesas vacías. Hiciste que el jefe pierda la paciencia.

Por la garganta de Quintillo subió una hiel negra y amarga, que le llegó a los labios a través de los dientes fuertemente apretados. Antes de que pudiera articular una respuesta, un golpe contundente se estrelló contra un costado, enviándolo al suelo. La angustia se apoderó de él al saber que su familia podría sufrir las consecuencias. Pensó en Elsa y en sus hijos, Rita y Rocco, y la impotencia lo hizo retorcerse de dolor, no tanto físico sino espiritual.

—La próxima que intentes no cumplir con el total, recuerda esta lección. —Lo levantaron y lo acercaron a la mesa. El más alto tomó una tenaza y, con crueldad, apretó uno de los dedos del hombre hasta arrancárselo. El grito de Quintillo fue desgarrador. Se escuchó claro en el silencio de la noche. Cayó desvanecido, dejando una línea de sangre en el suelo gris y frío.

El terror marcó el instante en que Elsa escuchó el estruendo en el taller. Sabía que debía aguardar antes de socorrer a su marido. Esperó hasta que sintió que los hombres se marchaban. Con el corazón agitado, abrió la puerta que separaba el taller de su casa y se quedó paralizada ante lo que vio: Quintillo estaba en el suelo sobre un charco de sangre. Corrió hacia él y lo ayudó a levantarse. Con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Mando a Rocco por el médico. Hay que detener esa hemorragia.

Quintillo asintió, ahogando el dolor que lo embargaba. A pesar de que su cerebro hervía de odio, a pesar de querer matar a aquellos rufianes, guardó silencio. Su vida era una deuda que nunca terminaría



de pagar. Elsa no le había propuesto ir al hospital. Era impensable. Contaban con la ayuda desinteresada de un joven médico que vivía en el vecindario. Era el que se encargaba de curar a hombres como él, que vivían casi en el anonimato.



Cuando Quintillo lo rechazó, don Tolesano sintió como si el mundo se desmoronara a sus pies. En un primer momento, la ira lo consumió, como si el rechazo de su hijo fuera una traición imperdonable. Pero detrás de la ira había algo más profundo, algo que él se negaba a reconocer: el dolor. Su hijo, su sangre, lo ignoraba y eso le hacía sentir una soledad abrumadora, como si el peso de su imperio, que antes lo llenaba de orgullo, ahora se transformara en una carga insoportable.

Cuando dio la orden de cortarle el dedo a su propio hijo, su voz sonó fría y autoritaria, pero, en su interior, las emociones lo consumían. La culpa, el remordimiento, la tristeza y el amor se mezclaban en un caos indescifrable. “Es por su bien”, se repetía, tratando de convencerse de que era una lección necesaria, aunque, sabía que, en realidad, era un acto desesperado, un intento fallido de mantener el control sobre algo que se le escapaba: el futuro de su hijo.

Cuando vio de lejos a Quintillo herido y humillado, tuvo ganas de abrazarlo, de pedirle perdón. El orgullo y el temor a demostrar debilidad se lo impidieron. Por primera vez se sintió vacío, como un rey sin corona.



La idea de escapar surgió de Elsa, desesperada por salvar a sus hijos. Hacía tiempo que Quintillo le había contado la propuesta del don y su

rechazo. Había aprendido que amar a un hombre significaba protegerlo, incluso de sí mismo.

Después de la visita del médico, Elsa fue contundente:

—Debemos marcharnos. Si nos quedamos aquí, acabará con nuestra familia. Tu padre reclamará su sangre; si no aceptas tú, obligará a Rocco. Al fin y al cabo, es su nieto. —El miedo la impulsaba, el amor la sostenía.

Quintillo meneó la cabeza, resignado.

—Vete tú con los niños. Yo no puedo. Sabes muy bien que los tentáculos del don traspasan las fronteras. Necesito quedarme. Es el precio que debo pagar por mi negativa.

Elsa lo miró a los ojos. No concebía la vida sin su marido. Ella era una española que había huido de su país con los suyos. Su padre debía hasta lo que no tenía y no les quedó más remedio que fugarse. Allí, en Italia, conoció a su marido y fue un amor a primera vista. Se habían casado muy jóvenes y seguían tan enamorados como el primer día.

—No, eso jamás. Nunca te abandonaré. —Se quedó unos instantes callada mientras sus pensamientos volaban—. Mabby viajará con ellos. Nadie mejor que ella para cuidar de nuestros hijos. —Su hermana Mabel, Mabby para la familia, era su único rayo de esperanza para que ellos se salvaran.

—¿No le pides demasiado? ¿Dejar su hogar y mudarse a tierras extrañas?

—Su marido y su hijo han muerto. Al contrario, creo que un cambio de aires le vendría bien. No te olvides de que nosotras ya dejamos España por culpa de nuestro padre. ¡Cómo nos íbamos a imaginar que encontraríamos el amor en estas tierras! Quizás pueda rehacer su vida en la Argentina.

—Habla con ella y yo pediré dinero prestado para los pasajes. Te dictaré la carta que le enviaremos a Ennio Cantelmi. Es hora de cumplir la promesa.



Aquella mañana destemplada, Mabby escuchó impasible a su hermana. Ningún gesto podía leerse en su rostro. Mujer de mil batallas y ninguna rendición, era una persona muy sencilla. Continuó amasando los tallarines para el día siguiente en el que la familia se reuniría a almorzar.

—¿Entiendes lo que te pido? ¿Sabes que si aceptas tu vida cambiará por completo?

Mabby dejó el palo de amasar y la miró de lleno:

—¿Acaso tú y tu marido no me dieron cobijo desde que murieron mi esposo y mi hijo? Estaré en deuda con ustedes hasta el día de mi muerte. Cualquier sacrificio es poco. —La vida le había quitado todo, salvo el coraje.

Los ojos de Elsa se llenaron de lágrimas.

—¡Ay, hermana! —le dijo, mientras se fundían en un abrazo.

Aunque, si Mabby supiera la cruel verdad, quizás otra hubiese sido su reacción, se dijo Elsa. Jamás le había contado lo que una noche Quintillo le confesó en medio de la angustia y el dolor. Al principio, no había entendido su reacción, pero con el paso del tiempo comenzó a hacerlo: una vez que las garras de *la cosa nostra* te atrapaban, jamás te soltaban. Su marido había pagado un precio muy alto. Tenía claro que el destino siempre reclamaba su precio. Solo podía elegir qué pagar y qué conservar.

—¿Cuándo partiremos? —le preguntó Mabby sin dudar.

—En cuanto recibamos la carta de Ennio Cantelmi. Él se encargará de ustedes en la Argentina.

Mabby asintió y Elsa la dejó sola. Su hermana debía asimilar la noticia.

Mabby miró por la ventana de la cocina sin ver. Sus pensamientos la llevaron al día en que habían matado a su marido y a su único hijo. En su corazón siempre supo que no había sido un accidente; sin embargo, no culpó a su cuñado. Conocía muy bien cómo era el mundo de la mafia siciliana y por qué el don estaba empeñado en que Quintillo entrara en la familia Tolesano.

La vida en Sicilia siempre había sido cruel y despiadada. Ahora Mabby debía velar por la seguridad de sus sobrinos. Necesitaban abandonar Italia en el más riguroso de los silencios. Huir era la única forma de permanecer vivos. Ya sabía qué hacer para comprar los pasajes.



Me acerqué a padre preocupada. Seguro que se encontraba agobiado por los últimos acontecimientos.

—¿Cómo se siente, padre?

Él miró su mano vendada.

—No es solo el dolor físico, Rita. Es el miedo de lo que podría pasar. El don me costó más de lo que esperaba.

—Lo sé. Me preocupa lo que pueda hacernos ese malvado. ¿Por qué se ensañó con usted?

—Hija, es mejor no saber aquello que puede hacerte daño. El desconocimiento es la mejor defensa ante el dolor.

—Yo creo que es mejor enfrentarse a la realidad cuanto antes.

Un gesto de dolor recorrió su rostro.

—No siempre es así. He tomado decisiones difíciles. Debo mantenerlos a salvo, incluso si eso implica alejarnos.

—¿Qué quiere decir?

—Sabes muy bien la promesa que hice con mi amigo Ennio. Es hora de cumplirla.

—Padre, yo pensé que ya se había olvidado de esa absurda promesa. Yo amo a Carlo. Quiero casarme con él.

Me miró apenado.

—Eso es imposible. Las promesas de sangre siempre se cumplen. Lamento que te hayas dejado llevar por ese amorío, pero no puede ser. Ahora viajarás a la Argentina y allí te casarás. Tú y Rocco deben estar a salvo.

Las lágrimas corrían raudas por mis mejillas.

—No lo haga, por favor. No me obligue, se lo suplico. Amo a Carlo, él también me ama.

—¿Amor? En este momento, ese es un lujo que no podemos permitirnos. Además, tú ya estás prometida.

—Lo sé, pero no puedo ignorar lo que siento. Estoy asustada, pero el miedo no puede dominar mi vida.

—Hija, la vida es dura y cruel. No puedo romper mi promesa.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo que no puede romperla?

—Mis palabras, mis votos, están ligados a algo más profundo que un compromiso. Es un pacto que une a una familia con la otra, un lazo de lealtad que protege y, al mismo tiempo, ata nuestras vidas a decisiones que deben ser cumplidas.

—Pero ¿acaso no importa nuestra felicidad? Debemos tener la libertad de elegir a quienes amamos.

—La libertad es un lujo —afirmó, mirándome con tristeza—. No puedo permitir que tus emociones pongan en peligro a nuestra familia. Debes olvidarte del tal Carlo.

Comencé a llorar. ¿Cómo se seguiría viviendo cuando la vida te arrancaba el único sueño que tenías?

—Es una crueldad lo que me pide. Nunca imaginé estar en esta situación.

—Lo sé y me duele. Pero a veces hay que hacer sacrificios por el bien de la familia. —Me mostró la palma de la mano con la cicatriz blanca—. La sangre nos unió con Ennio Cantelmi y debemos mantener nuestra promesa.

Permanecí en silencio. Mi padre no cambiaría de parecer. Ya vería el modo de romper con aquella absurda promesa, me dije resuelta, mientras salía hacia la playa. Necesitaba hablar con Carlo más pronto que tarde.



Aquel atardecer, las nubes eran grises, bajas y cargadas de una lluvia que no tenía intención de caer; el viento alborotaba mis largos cabellos castaños y jugaba con mi falda; el rugido del mar no podía acallar mis pensamientos. ¿Cómo era posible que padre siguiese adelante con esa promesa absurda? ¿Acaso no tenía en cuenta mis sentimientos, mis deseos? Estaba enamorada de Carlo y pensaba huir con él. Cualquier cosa era mejor que casarme con un completo extraño en tierras lejanas.

Observé cuando Carlo se acercaba. Su piel, bronceada por el sol, y el cabello oscuro y rizado con mechones rebeldes sobre la frente le conferían un aire de pirata. Aquel pescador se había ganado mi corazón desde que era casi una niña. Era simpático, alegre y su sonrisa iluminaba su rostro. El tipo de sonrisa que aceleraba mis latidos. Cada atardecer, mientras esperaba su llegada, no podía evitar preguntarme cuándo me propondría matrimonio.

Apenas lo vi, corrí a abrazarlo.

—¡Ay, Carlo! ¡Tenemos que hablar con urgencia!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tanta prisa?

—Debo viajar a la Argentina a cumplir la promesa que mi padre hizo cuando nació. —Me aparté los mechones de cabello que el viento se empeñaba en revolver.

—¿Cómo? Siempre pensé que eran ideas de tu padre, que jamás se cumplirían.

—El don lo tiene acorralado y mi padre quiere que nos marchemos... —El rostro de él se tensó—. Huyamos, Carlo, vayámonos de aquí para siempre —le rogué.

—Eso no es posible. No puedo dejar a mi familia. ¿Qué sería de mi madre y mis hermanas? Soy su único sustento —aseveró, con preocupación.

—Nos casamos y luego regresamos.

Él, con la mirada firme y decidida, dijo:

—No puedo, Rita. Lo que me pides es imposible. Abandonarlas significaría un crimen que no estoy dispuesto a cometer.

Lo contemplé con el corazón latiéndome con fuerza, cada golpe era una mezcla de amor y desilusión. Me sentía traicionada.

—¡Cómo puedes hacerme esto! —le reproché, con la voz quebrada de rabia y dolor—. ¿Y todos los besos y las caricias que nos dimos? ¿Y las palabras que nos dijimos? ¿Acaso no cuentan? Siempre estuviste al tanto de esa absurda promesa y no te importó.

—Lo lamento, pero no puedo. Es mi última palabra.

Me alejé corriendo del lugar. Acababa de descubrir lo poco que conocíamos a las personas que queríamos. Comprendí que el amor era un refugio, pero también podía ser un verdugo. Y esa realidad era decepcionante y triste. La idea de seguir adelante sin él me sumió en una angustia profunda. Me preguntaba si alguna vez había sido real o simplemente un espejismo. Me encontraba atrapada entre el amor y el miedo. Me detuve y cerré los ojos un momento, tratando de absorber

la magnitud de la traición y la decepción. El futuro era un laberinto sin salida, donde las paredes parecían estrecharse cada vez más hasta dejarme sin aliento.

Lloré. Pero no por él. Lloraba por todo lo que ya no podía ser. Ese día aprendí que el amor no siempre salva. A veces, solo destruye más lento.



### *Buenos Aires, Argentina*

*Apagó el cigarrillo contra el cenicero de loza y dejó que la llama muriera lenta. La noche porteña se extendía detrás del vidrio sucio, espesa, húmeda, con ese rumor lejano de tranvías y pasos que nunca se distinguen del todo. La ciudad respiraba un aliento turbio, cargado de promesas y amenazas.*

*Sobre la mesa, tres velas negras ardían con una llama inquieta. La cera derretida descendía en hilos irregulares, formando figuras caprichosas que parecían retorcerse sobre la madera. El aire olía a tabaco, a parafina y a algo indefinible.*

*Tomó la baraja con manos lentas. No era la primera vez que consultaba al destino, pero sí la primera en mucho tiempo que sentía un temblor en los dedos. Barajó una, dos veces. Cortó.*

*La primera carta cayó boca arriba. La torre.*

*La segunda, el diablo.*

*La tercera, la muerte.*



No sonrió. Tampoco se persignó. Se limitó a observarlas con una atención casi devota, como si ya conociera la respuesta antes de formular la pregunta. Sabía leer los silencios entre los símbolos. Sabía cuándo el porvenir no te ofrecía escapatoria.

La llama de una de las velas titiló con violencia.

—Pronto —susurró.

Sus labios pintados se curvaron apenas en una sonrisa triste.

Afuera, Buenos Aires seguía su curso, ajena a que, en algún punto invisible de su entramado, una promesa antigua comenzaba a cerrarse como un lazo.

